

## **Semana Alegre. Las viviendas rentadas\***

De los seres organizados del planeta, el hombre, llamado por licencia poética “Rey de la Creación”, es el único que en vida paga renta de casa y, ya en vías de fermentación, alquiler de un sótano infecto, mal ventilado, antihigiénico: la sepultura.

El problema de la habitación humana se presenta muy arduo; los poseedores de bienes raíces piden por un alquiler precios exorbitantes, imponen condiciones sangrientas, arman con facultades vejatorias a sus cobradores y porteros; se niegan a emprender composturas, violan solemnes contratos y empujan a sus inquilinos a la vida nómada de un agente de seguros o a correr la legua en el desierto, como las tribus de árabes lo hacen con sus camellos, tiendas y esposas.

Justo es el clamor de los peluqueros: o instalan sus gabinetes de aseo en terrenos baldíos o tienen que sacar del cuero cabelludo las correas de la renta.

El hombre y la mujer en México, por virtud de lo que les gana el dulce techo del hogar, dejan las dos terceras partes de su sueldo en manos del señor propietario. Como los caracoles, ostiones y tortugas, todas las fuerzas se les van en el carapacho domiciliario que los aloja, con la diferencia de que el más cursi de los mariscos lleva consigo su entresuelo, no admite vecinos ni arrimados ni subarrendatarios, y el

---

\* Ángel de Campo, *Tick-Tack*, “Semana Alegre. Las viviendas rentadas”, *El Imparcial* (20 de julio de 1902): 1.

“homo sapiens de Liceo” eroga en cada mudanza su sueldo de seis meses.

¡Oh jóvenes alumnos que al templo de Minerva dirigís vuestros pasos! no crean ustedes una palabra de las descripciones emolientes de los libros de lectura, ensalzando con estilo lancasteriano las dulzuras del hogar impermeable a la lluvia, asegurado de incendio y rayo, al abrigo de los vientos; tranquilo, honesto, dulce, con gorriones, enredaderas, cuarto de baño, *dobliú* corriente, vista al cielo azul. Todo eso no es verdad sino para los que tienen más de \$250 de sueldo, y los autores de libros educativos exageran para que los niños no estudien para salvajes, desterrados, prófugos, náufragos, judíos errantes u otras profesiones vagabundas sin domicilio fijo.

Una rama de huizache, una cueva de coyote, una tucera, un nido de ratas, una armada de patos, un túnel de polilla, una madriguera de conejos, una bolsa de gusanos de maguey, una lata de sardinas, están construidas para habitaciones, no así los establos, palomares y bartolinas que al hombre le toca desalojar a cada rato por falta de renta o peligro de desplome.

Con la mano en la cintura: ¿Puede llamarse hogar una vivienda interior de segundo patio?, ¿donde el techo es un filtro pastor, o más bien dicho pastoril, pues que escurre como el tejado de jacal?, ¿donde el pavimento de mala duela se pudre y permite ver a vista de pájaro (*a vol d'oiseau*) el

baño de aseo mensual que se prescribe la señora del entresuelo, que es corredora de acciones mineras? ¿Es hogar esa cerbatana de piezas unas más altas que otras, unas cuadradas, otras tirando al triángulo; ésta compuesta de iglesia, la otra con vidriera por antonomasia, porque los vidrios están sustituidos por el papel de estraza o periódico? ¿Es hogar ese 8 bis separado por un pasillo cañería del 9, y tan juntos que los vecinos tienen que transar para que la mesa de la cocina del uno ocupe parte de la sala del otro?

¡Oh tranquilo techo paternal! En lo más macizo del sueño despierta uno sobresaltado, porque le dicen al oído cosas extemporáneas; cree soñar, cree ser víctima de una neurosis, de una ilusión del oído; cree que misteriosa visión le advierte los peligros del matrimonio canónico y civil.

—¡Hombre, despiertan los niños!

—Que despierten, encenderé la vela, verán a su padre ebrio, verán hasta dónde sumerge el uso inmoderado del ponche a un esposo crapuloso.

—Baja la voz, Ruth, baja la voz, vivimos en vecindad, espera la luz del día para tus pesadeces.

¡Oh tranquilo refugio para las tempestades del mundo!  
¡Si el 8 tiene pulmonía y le recetan vapores sulfurosos, el 9 tiene que subir su colchón a la azotea; si tose, quita el sueño, y si habla dormido, se entera uno de las pésimas inclinaciones de su fantasía acostada!

¡Oh asilo de la vida privada! ¡templo inviolable de la familia! Uno de los miembros, muy aprehensivo, siente cortado el cuerpo, náuseas, desvanecimientos, dolor de huesos, mal sabor de boca; comienza a hacer sus últimos disposiciones, que deja como prenda de gratitud, cuando se oyen voces rústicas.

—¡Céjese!

—¡No se cuatrapíe!

—Palanquéale.

—No se te chispe.

—(Mala palabra).

—Mejor canteado y sin testear algo.

Y penetra un féretro de medio uso, sembrando el pánico: ataque, convulsiones, hipo, tartamudez.

Son los del 5, que como viven tan amontonados y acaban de perder a una hermana de indigestión palpitante...

—Que le besan a usted la mano, que cómo están todos por acá, que ya sabrían lo que les pasó y que si no les hacen el favor de alzarles tantito este cajón y los candeleros, mientras escombran el comedor, para tender a la niña Eustaquita.

¡Oh refugio propicio a la meditación! Está uno en traje de tritón o de sirena, desmanchando el único pantalón que posee, cuando una señora en camiseta derriba la mesa, la bencina, el atril, pisa la flauta, salta sobre la cama y, toda trémula, se mete debajo del colchón, lanzando alaridos y

frases de letanía, y detrás de ella su marido en caracol, pendulando entre los dedos una rata muerta.

—Por Dios, Fragoso, me muero del susto.

—¡Anda, cobardona! te he de quitar el miedo.

Por respeto a la dama, a quien no debe uno recibir en traje de troglodita, se pone uno el sombrero, y muy seriamente interpela al intruso:

—¿Con qué derecho allana usted mi morada? ¿Por qué no pide usted permiso o toca? ¿No ve usted en qué fachas estoy? ¡Es un abuso!

—Sin regañarme: el que no quiera ver visiones, que se mude, ¡por eso toda la casa es vecindad! Salte, Xóchitl, nos echa el catrín pretencioso; salte, amor mío, este lagartijo pusilánime y enfermo del hígado no entiende de chanzas.

Y le piden a uno la casa por ebrio escandaloso, en el improrrogable término de 12 horas; sale uno a consultar con un amigo abogado, y al regreso su habitación está ocupada por siete mujeres que ponen cintas a varios sombreros de paja.

—¿Y mis muebles?

—¿Acaso me los dio a guardar? —replica la casera—. Tres palos viejos, unos cuantos libros apolillados, cuatro tepalcates, un montón de hilachas viejas. Como estaban emporcando el patio, los mandé en el carretón de la basura.

Se sienta uno a llorar en el sardinel de la ordeña cercana, presa de la nostalgia de su bartolina, sabiendo, ¡ay!,

que si encuentra “por el precio” otra, tiene que ser irremisiblemente peor.

—¿Pero, por qué “falta” lo pongo a usted preso, por qué “falta” levanto el acta?

—Por “falta” de recursos, jefe; por “falta” de recursos.

*TICK-TACK*